

composiciones poéticas, los Jesuitas, sin embargo, se ven, por deber, condenados á no emplear jamás esta palanca. El tema de sus cantos no puede ser tomado sino de un orden de ideas morales ó agrestes, poco favorables, á la verdad, al impulso de las pasiones que se nutren de felicidades facticias y de padecimientos reales; carecen del recurso de conmover por medio de la pintura de los deleites ó tormentos que agitan al hombre; y aun la sátira está prohibida á su caridad. Les es indispensable limitarse al género descriptivo; y si por acaso se escapa de su pluma algun epigrama, pesado este en la balanza del amor del prójimo, se reducirá únicamente á ciertas antítesis inofensivas, ó bien á una malignidad de que no podría ofenderse la vanidad mas delicada.

La poesía fue, pues, para los Jesuitas mas bien un pasatiempo que una ocupacion; exigíanla placeres y goces inocentes, pero jamás violentas emociones. Y sin embargo, en este cuadro tan limitado no dejaron de hallarse Padres que, como Frusis, supieron conquistarse un puesto honorífico. Casimiro Sarbiewski, de quien dice Grocio que corrió parejas con Horacio y aun le excedió algunas veces, compuso ó retocó los himnos del Breviario romano, y poseyó antes que Santeuil la poesía lírica católica. Santiago Balde, que como el anterior poseía en el mas alto grado el desorden del entusiasmo y del ritmo latino, tuvo el mismo honor en Alemania, su patria. Es un genio abismado en las lenguas muertas, pero que fue saludado por sus contemporáneos con gritos de admiracion. La mas célebre de las obras del P. Balde es su *Urania victoriosa*, ó *el Combate del alma contra los cinco sentidos*, poema que obtuvo la gloria de una quinta edicion, en una época literaria, en 1660. El P. Vincart publicaba en la misma época sus *Heroidas sagradas*, mientras que el P. Juan de Bussieres redactaba su poema de *Scanderberg*, y su *Rhea libertada*, cuadros incompletos á la verdad, por no corresponder siempre la pureza del estilo á la magnificencia del pensamiento. Balduino Cabillarius, Gualfreducci, Stephoni, Carlos Papin, Antonio Milliet, Bauhusino, Werpæs, Pulcharelli, Pimenta de Santarem, Benci y Gilberto Jouin, apellidado por su siglo el Anacreonte cristiano, han legado todos ellos á la posteridad cantos piadosos, santas elegias y poemas épicos, cuyo único objeto es la Virgen y sus glorias.

Los PP. Carlos de La Rue y Gabriel Cossart continuaron en Francia estas glorias literarias de su Instituto. Orador elegante el primero, al par que elevado trágico, celebró en hermosos versos latinos las conquistas de Luis XIV, que después fueron traducidas en no menos hermosos versos franceses por el gran Corneille su amigo. La Rue, que vivía en una atmósfera de poesía y elocuencia, compuso tragedias latinas, y aun el *Listimaco y Sylla*, que escribió en su lengua materna, no carecen de mérito. Para él la forma era casi el todo. Dotado de un ingenio delicado y sutil, gustaba de la sencillez y armonía, y fue el modelo de la mayor parte de sus contemporáneos en la Sociedad de Jesús. Mientras que el P. Tomás Strozzi cantaba en verso el *Modo de hacer el chocolate*, y discurría sobre la libertad de que tan celosas se muestran las repúblicas, componía el P. Lorenzo Lebrun su *Virgilio* y su *Ovidio cristiano*, y publicaba Renato Rapin¹ su obra modelo, intitulada *De los Jardines*, cuyas descripciones parafraseó Delille, tomándole algunos detalles llenos de encanto y sensibilidad. Commire no posee esta imaginacion risueña, ni ese atrevimiento que descubre la inspiracion; su verso es puro, mas se resiente de la aspereza de su carácter. Sabe, es cierto, ser sencillo á fuerza de arte; pero muchas veces peca por exceso. Lanzando Commire una ojeada sobre todas las obras literarias de su época, tal vez sin pensar lo se hace el profeta de todos los siglos². Rapin cantó los jardines, Vanniére celebra la casa rústica. Su

¹ Santeuil, cuya originalidad de carácter contribuyó quizás á realzar su gloria, habia apostado en cierta ocasion doscientas libras tornesas con su colega Duperrier, sobre cuál de los dos componia mejores versos. Escribieron un poema, y rogaron á Menage que decidiese entre ambos; pero habiéndose este excusado, eligieron por juez al P. Rapin. Leyó el Jesuita los poemas, y encontrando por acaso á sus autores en el pórtico de su iglesia de los Victorinos les dijo: « Verdaderamente que unos hombres razonables y cristianos como vosotros deberían avergonzarse de ostentar tanta vanidad; preciso es que seais « bien ricos para arriesgar veinte doblones por semejantes bagatelas.» Y aproximándose en seguida al cepillo de la iglesia de San Victor: « Los pobres « se aprovecharán, añadió, de la inutilidad de vuestra disputa y de lo superfluo « de vuestros bienes.»

Aquí se observa palpablemente que la poesía solo era considerada como una bagatela por un célebre poeta de la Sociedad de Jesús.

² Léese en uno de sus pasajes este curioso cuadro, que no dejará de ser verdadero en tanto que haya literatos: « Exercent quasi quaedam monopolia facticiae, et societates laudum laudant mutuo ut laudentur, foenore gloriam dant « et accipiunt, caeteris omnibus obtrectant.»

Praedium rusticum ¹ encierra una sencillez tan armoniosamente agreste, que se deja bien comprender que la vida del campo formó los amores y las mas gratas ilusiones del Jesuita. Esteban Sanadon resucita, á ejemplo de sus maestros, las bellezas de Horacio y de Virgilio: poeta como ellos, encuentra siempre la expresion mas verdadera y el ritmo mas abundante para revelar su pensamiento. En pos de ellos se lanzan al Parnaso el P. Agustín Souciet con sus *Poemas sobre la Agricultura* y los *Cometas*; siguiéndole Brumoy con los de las *Pasiones* y el *Arte de hacer el vidrio*; y dejándose ver por último los PP. Reinier, Carsurghi, La Sante, Jacobo de la Baune, Carlos de Aquino, Buffier, Federico Sanvittall, Grozier, Gerónimo Lagomarsini y José Desbillons, digno rival de Esopo y Fedro, quienes sostuvieron en la Orden de Jesús la preeminencia que se habia conquistado por sus excelentes obras.

Todos estos hombres, que forman con Santeuil uno de los florones de la gloria del siglo de Luis XIV, han conservado hasta nuestros dias una reputacion tan brillante como indeleble, y se les honra aun cuando ya no se los lee. Dotados de esa sobriedad de númen sin la que las obras del ingenio jamás pueden aspirar á un éxito duradero, los poetas latinos de la Compañía no habian aventurado hasta aquí mas que algunos defectos que eran del gusto de la época; pero lanzóse á la palestra otro Jesuita, Pedro Le Moine, y no queriendo pedir al idioma de los antiguos las expresiones que necesitaba su fantasía, se entrega á los extravíos de su imaginacion, y canta á *San Luis* en el idioma nacional. La lengua estaba entonces en su periodo de revolucion: no tenia la sencillez del tiempo de Marot, ni se elevaba aun con Corneille, y se encontraba en una de esas épocas de transicion tan funestas al talento; Le Moine era un escritor de númen fogoso, pero que no supo jamás someter á la rienda sus poderosas facultades. Hubiera sido capaz de crear la exageracion, si esta no se le hubiese anticipado. Fue alternativamente sublime ó ridículo, elocuente ó bárbaro, y desarrolló tal lujo de imágenes, que muchas veces se le ve caer desde la cumbre de la poesía á la trivialidad de las

¹ A la llegada del P. Vanniére á Paris mandó Luis XIV acuñar una medalla de oro en su honor, homenaje que tambien fue tributado en 1774 por la república veneciana al P. Vicente Riccati, uno de los matemáticos mas célebres de la Sociedad de Jesús.

metáforas. Y sin embargo, este Jesuita era digno de mejor suerte; puesto que poseia el movimiento épico, ese fuego continuo que alimenta las pasiones. Con tantos recursos en el alma, vaciló no obstante como un ebrio, por habersé hecho una ley de menospreciar todas las leyes, y de no saber jamás ser sencillo ó sublime á sazón ¹. De aquí es que en la historia literaria de Francia no pasará de ser una medianía entre Rousard y Du Bartas, los poetas del siglo XIX.

Los Jesuitas, que, como el P. Le Moine, se ocuparon después de la poesía francesa, han repudiado la herencia de los versos de seis piés que les habia legado, y fueron mas correctos y mas clásicos, á pesar de que no tuvieron su númen arrebatador y su exuberancia de genio. Los PP. Porée, Cerceau, Vionnet ², Kervillars

¹ En una epístola del P. Le Moine es donde se hallan estos cuatro versos, atribuidos hasta el día á Voltaire; pero Voltaire es demasiado rico para buscar margaritas en el estercolero del Ennio de la Sociedad:

Et ces vastes pays d'azur et de lumière
Tirés du sein du vide et formés sans matière,
Arrondis sans compas, suspendus sans pivot,
Ont à peine coûté la dépense d'un mot.

Esa region cerúlea y luminosa
Que del seno del caos ha salido:
Suspensa sin apoyo, aunque grandiosa,
Redonda, sin que Dios se haya servido
De materia, compás, ni de otra cosa,
Y sin que haya la mano intervenido,
¡Pásmese la natura que lo acecha!
Un *fat* costó á Dios; y quedó hecha.

² Empeñado Vionnet en una lucha literaria con Crebillon, y tratando de oponer á su tragedia de *Jerjes* otra por el mismo estilo, se la dedicó á Voltaire, quien le contestó con fecha 14 de diciembre de 1749 en los siguientes términos, en una carta inédita:

« Me cabe la satisfaccion, Padre mio, de poder manifestaros una débil gratitud, como recompensa de un magnífico don: no se me oculta que vuestras manufacturas de Lyon valen mas que las nuestras; pero yo cumplo con ofrecer lo que tengo. Parece que vos sois un enemigo mas poderoso de Crebillon que yo mismo, porque habeis hecho mas mal tercio á su *Jerjes* que el que he causado yo á su *Semiramis*. Vos y yo combatimos contra él. Afiliado hace ya largo tiempo bajo las banderas de vuestra Sociedad, si no podeis encontrar un soldado mas débil, tampoco hallaréis otro mas fiel que yo. Vos aumentais en mí esta adhesion por los sentimientos particulares que me inspira vuestra persona, y con los cuales tengo el honor, mi reverendo Padre, de ser vuestro humilde y obediente servidor. — VOLTAIRE. »

y otros muchos, cuyos versos, buenos ó medianos, están hoy condenados al olvido, se granjearon una reputacion de elegancia y buen gusto. Hemos dicho ya que la poesía no fue para ellos mas que una ocupacion accesoria, y que si brillaron en ella, fue únicamente por distraerse: ahora vamos á verlos desplegar en otro género grandes recursos de diccion. La elocuencia profana, y sobre todo la del panegírico y de la oracion fúnebre, les coloca en una posicion mas brillante. Ellos dieron el precepto y el ejemplo. Las arengas de los PP. Koialowicz, Alejandro Macchi, Luis Juglar, Antonio Viger, César Romano, Pedro Rouvière, Wading, Petiot, Tomás Politien, Cools, Metsch, Guilhem, Sala, Rumer, Aschendorf, Miguel de San Roman, Le Jay y Cossart, maestros contemporáneos ó herederos de los Bourdaloue y La Rue, son en este género académico dechados preciosos.

No existe un solo ramo de literatura honesta en que no debamos mezclar el nombre de un Jesuita. Con el P. Martin Cygne buscan las fuentes de la elocuencia, y aprecian los cómicos latinos; con Brumoy traducen y analizan el *Teatro de los griegos*, para legar modelos de noble sencillez á los trágicos de todos los siglos; con José de Tournemine redactan el *Diario de Trévoux*, oráculo de los literatos y de la crítica, y con Juvency trazan las reglas del gusto. Javier Bettinelli dedica á Voltaire sus eruditas *Cartas sobre Virgilio*; el P. Bouhours, su antecesor, que se hallaba dotado como él de la gracia del estilo, descubre con demasiada perspicacia los descuidos escapados á los grandes escritores; Claudio Menestrier es el famoso arquitecto de la Compañía, al par que el maestro en la ciencia de los blasones, torneos y decoraciones; Juan Bautista Blanchard se hace el moralista de todas las edades; y últimamente los PP. Berthier y Zacarias se constituyen en Italia y Francia jefes literarios de la reaccion religiosa contra los incrédulos del siglo XVIII. Próxima ya á su extincion la Compañía, se encontraba aun á la cabeza de una falange sagrada, cuyos trabajos referirémos mas adelante, y que empezando por Tiraboschi, Feller, Francisco de Ligny y los dos Guerin du Rocher, hallará dignos herederos en el Jesuita-cardenal Angelo Mai, descubridor del tratado *De republica* de Ciceron, en los PP. Rosaven, Perrone, Maccarthy, Ravignan, Finetti, Montemayor, Van Heke, Secchi, Vico, Rancini, Arturo, Martin y Cahier.

Pregúntase un escritor portugués, José Macedo, en una obra

publicada en Lisboa en 1830 bajo el epigrafe de *Los Jesuitas y las Letras*: «Caso de venir á faltar todas las obras que se han redactado hasta el dia sobre las ciencias en general, y sobre cada una de ellas en particular, y no quedasen mas que las publicadas por los Jesuitas, ¿se notaria vacío alguno en la tan vasta república de las letras?» Contéstase Macedo negativamente, y aduce los motivos en que basa su opinion. Esto es una exageracion en su aserto, y nosotros la rechazamos tanto en la alabanza como en el vituperio. Hemos tratado, cuanto lo ha permitido la insuficiencia de nuestras fuerzas, de indicar las tendencias y carácter de estos trabajos intelectuales de la Sociedad de Jesús. No hemos pretendido trazar un cuadro, sino un simple bosquejo, para reunir con mas comodidad los servicios prestados á las letras, y los beneficios prodigados á la humanidad: es verdad que hubiéramos podido ampliarle sin medida, porque no lo hemos dicho todo, ni sobre los hombres, ni sobre sus escritos; pero servirá no obstante para demostrar que los Jesuitas han sido en todos los tiempos, así como en todos los climas, los apóstoles de la ciencia humana, como eran ya los propagadores de la fe divina, desempeñando en el mundo una doble mision tan gloriosa como difícil. Por la enseñanza y por las ideas de toda especie que pusieron en circulacion, han conseguido, á no dudarlo, el objeto religioso que se proponian: el fin de esta historia podrá revelarnos si no se han excedido á sí mismos en el otro.

